

MI AMIGO HUGO



M^a Victoria Rodríguez Salido

Ilustraciones de
Dolores Okecki

Luna Moon, reportera

Me llamo Luna Moon. Puede parecer gracioso, pero no lo es. No sabéis la guasa que hay en mi clase por cómo me llamo.

Mi apellido es inglés, porque papá es inglés. Sí, de esos que han nacido en Inglaterra. Un día vino de vacaciones a España, se enamoró del jamón serrano y de mi madre, y ya no volvió a Inglaterra. Se casó con mi madre y tuvieron muchas hijas. ¿Que cuántas? Pues contándome a mí, somos cinco.

Mi hermana Estrella es la mayor, tiene catorce años y se cree que es una supermodelo o algo. Tiene el pelo rubio y toda su ropa es superdivina, pero nunca me la deja.



Luego voy yo, Luna. Tengo ocho años.

Después siguen las gemelas, Sol y Venus. Ellas tienen cinco años, las dos, porque son gemelas. Siempre van juntas a todas partes y yo casi nunca juego con ellas, porque no las entiendo. Creo que se han inventado un lenguaje que sólo entienden las que son gemelas. Bueno, y mamá. Mamá siempre lo entiende todo.

Y por último, está Nova, que tiene dos años pero le queda poco para cumplir tres. En realidad, es con la única que me llevo bien. Ella sí me hace caso, sobre todo cuando le doy caramelos.

Y ya está. Yo creo que mis padres han metido demasiada gente en casa, pero como es suya, no puedo decirles nada.

Supongo que, por nuestros nombres, ya habéis averiguado a qué se dedican. ¿No? Pues son astrónomos. De ésos que se pasan el día mirando por un enorme telescopio estudiando el universo. No sé para qué, la verdad, si ya sabemos que sólo los astronautas pueden ir al espacio. Pero allá ellos si quieren perder el tiempo con esas cosas.

Yo de mayor no quiero ser astrónoma. Yo quiero ser reportera. Quiero escribir en un gran periódico y pasarme el día con mi libreta en la mano y mi cámara de fotos, en busca de noticias.



Pero, ojo, noticias de las buenas. A poder ser, de ésas que ponen contento a todo el mundo. Porque ya hay bastantes noticias malas. Bueno, al menos eso dice mamá. Y tiene que ser verdad, porque mamá siempre lo sabe todo.

Como quiero ser una gran reportera, voy al colegio. Mamá dice que para ser algo en la vida hay que ir al colegio, así que voy todos, toditos los días. Bueno, menos los sábados y los domingos, que no lo abren. Papá dice que he elegido una buena profesión, porque soy muy cotilla. Pero eso me acarrea muchos problemas, ya que no sé guardar un secreto. ¿Y qué pasa cuando no guardas los secretos? Que la gente se enfada. Y no me gusta que la gente se enfade conmigo.

Lo bueno es que a los periodistas nadie les regaña por contar las cosas que saben. Así, por ejemplo, si hubiera escrito en mi revista que mi hermana Estrella se besó con un chico en el

parque, sería una exclusiva y no un chivatazo. Y Estrella no me hubiera pegado capones ni me hubiera gritado, y mamá no se habría enfadado tanto. Mamá siempre se enfada cuando molesto a mis hermanas.

¡Ah, no os lo he dicho! Es que tengo una revista. Se llama Diario de Luna Moon y es una monada. La escribo en hojas de colores y le pego fotos para documentar las noticias.

Luego papá me hace fotocopias y yo las doy a los niños en el colegio. A veces, las gemelas me ayudan con el reparto.

Es muy divertido ser reportera.

O al menos, lo era. Antes de que llegase el chico nuevo.

¿Queréis saber lo que pasó?



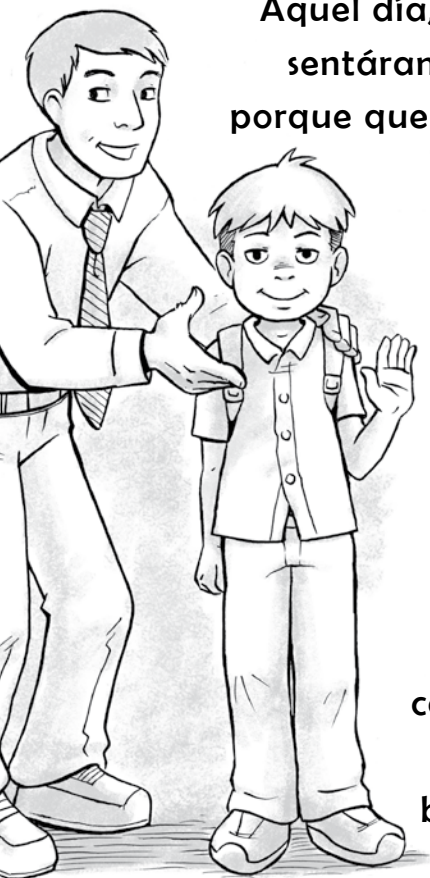
El niño nuevo

Aquel día, el profe nos pidió que nos sentáramos y guardáramos silencio porque quería presentarnos a alguien.

—Sentaos, por favor, y guardad silencio. Quiero presentaros a alguien.

Había un niño a su lado que nos miraba como si él fuese mayor y nosotros pequeños. No me gustó, la verdad.

—Éste es vuestro nuevo compañero. Se llama Hugo. Quiero que todos le deis la bienvenida a nuestra clase.



—BIENVENIDO, HUGO —dijeron todos, menos yo.

Paloma, que se sienta a mi lado, suspiró ruidosamente. Paloma es mi mejor amiga, por eso sé que cuando suspira así, es que se ha enamorado. Y aquello me dio muy mala espina.

Entonces el profe volvió a hablar. Le dijo a Hugo que se sentara a mi lado.

—Hugo, siéntate ahí, al lado de Luna.

Paloma se puso muy nerviosa y le entró una especie de tembleque. Le di una patada por debajo de la mesa, pero la muy boba ni se enteró. Sólo miraba a Hugo.

—Hola —dijo él, sentándose en nuestro grupo.

Paloma suspiró de nuevo. Hugo me seguía mirando como si él fuese mayor y yo una niña pequeña como mi hermana Nova. Le saqué la lengua y metí la nariz en mi libro de mates, para no verle la cara.



—Yo me llamo Paloma —se presentó la muy cursi.

El chico no dijo nada. Quise ignorarle, pero ya os he dicho que soy muy cotilla. Le observé de reajo y comprobé que me seguía mirando.

—Ella se llama Luna Moon —dijo entonces Paloma.

¿Por qué decía mi apellido? ¡Si no había dicho el suyo! Noté que me ponía colorada y esperé la burla de turno. Pero no llegó. Hugo seguía sin decir ni mu.

En ese momento el profe nos llamó la atención porque iba a empezar la clase.

—Bien, prestad atención. Vamos a empezar la clase.

Y empezó. Se puso a escribir los problemas de mates en la pizarra para que los copiásemos e intentásemos resolverlos. Digo intentásemos porque yo jamás acertaba con ninguno.

Estaba muy concentrada, con los ojos fijos en los números y la lengua apretada entre los labios, cuando la voz de Hugo me sobresaltó.

—Ésa no es la solución —dijo—. Tienes que multiplicarlo por dos y restarle nueve.

—Mira qué listo —le contesté de mala gana.

No le hice caso, por supuesto. Pero cuando no miraba, borré deprisa mi solución. Luego multipliqué por dos y le resté nueve. Le miré para comprobar si me había visto, pero Hugo miraba hacia la pizarra. ¡Uf, menos mal!

—Hugo, ¿está bien así? —le preguntó la empalagosa de Paloma, mostrándole su cuaderno.

El chico revisó su problema y le sonrió.

—Sí, muy bien.

—¿Qué pasa? ¿Ahora él es el profesor? —dije.

Paloma me ignoró y suspiró otra vez. Hugo borró su sonrisa y me miró por encima del hombro.

—¿Quieres que revise tus problemas? —preguntó.

Abrí la boca, indignadísima.

—Ni loca —contesté.

Volvimos a la tarea y al cabo de un rato, Hugo levantó la mano y pidió permiso para ir al baño.

—¿Puedo ir al baño, por favor?

“¡Uy, qué educadito!” pensé. En cuanto se marchó de la clase, arrastré con disimulo su cuaderno hasta mi sitio. Miré sus ejercicios, resueltos con una letra limpia y sin tachones. Los copié deprisa, antes de que volviera.

Paloma me miró con gesto de enfado.

—Eso no se hace —dijo, la muy sabionda.

—No pasa nada si no se lo dices —amenacé.

Cuando Hugo regresó, a Paloma se le olvidó

todo lo demás. Le miró

moviendo mucho las

pestañas y apoyó la

barbilla entre sus manos.

Puso lo que mi padre llama

cara de panoli y suspiró

OTRA VEZ.

Definitivamente, aquello

no me gustaba nada,

pero nada de nada.



Magia

Un poco más tarde, en el recreo, Paloma no quiso jugar conmigo. Estaba embobada con Hugo y se dedicó a perseguirle por todo el patio.

¿Qué podía hacer yo? Como no tenía ganas de jugar a perseguir a Hugo, pensé que podía ocuparme del nuevo número de mi diario. Aquel era un buen momento para buscar una noticia fresca.

Vi a las gemelas trotando de la mano por el patio y me acerqué a ellas. De todas mis hermanas, son las únicas que acuden al mismo colegio que yo. Estrella va al instituto y Nova a la guardería, así que sólo coincido con Sol y Venus.

—Hola, chicas. ¿Qué hacéis? —pregunté.

—Hola, Luna —contestaron a la vez—.
Estamos jugando.

—Oíd, si veis algo raro por ahí me lo decís,
¿vale?

—¿Estás buscando una noticia? —
preguntó Sol.

—¿Para tu revista? —dijo Venus.

—¿Nos dejarás que te ayudemos? —
preguntó Sol.

—Yo quiero echar purpurina en tus hojas
de colores —dijo Venus.

—No puedes echar purpurina. Es un
diario serio y profesional.

Venus se puso muy
triste. Sol le pasó una mano
por el hombro para
consolarla. Yo miré al cielo
y resoplé.

—Vaaale —acepté—.
Si encontráis una noticia
interesante, os dejaré
poner purpurina.



Las gemelas sonrieron y se pusieron a hablar entre ellas, muy rápido. Por más que lo intenté, no pude entender lo que decían. Era evidente que estaban contentas, pero cuando usaban su idioma de gemelas era incapaz comprender nada.

Se alejaron dando saltitos, de la mano.

Yo eché un vistazo al patio en general. Vi que Paloma estaba sentada en un corrillo con las demás niñas de la clase. Por fin había dejado de perseguir a Hugo. Por cierto, ¿dónde estaba Hugo?

La curiosidad vino a picarme cuando menos lo esperaba. Porque no quería saber dónde estaba ese niñato tan listo. Pero la curiosidad es así. Te obliga a querer saber cosas, por muy absurdas que sean.

Busqué por todos lados. No estaba jugando al fútbol, no estaba jugando al escondite, no estaba en ninguno de los corrillos de la clase. Cuando ya pensaba que jamás le encontraría, alguien tiró de mi chaqueta.



Era Venus. Tenía la carita sonrosada y encendida. Sus ojos verdes chispeaban de emoción.

—Hemos encontrado algo —dijo.

—Sí, un niño que hace magia —añadió Sol.

Sol traía la misma cara emocionada que Venus. Pero claro, eran gemelas.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté, sin creerme una palabra.

—Ven, ven —me pidieron las dos a un tiempo, agarrándome de las manos y tirando de mí.

Me llevaron hasta el baño de los chicos.

—Yo no puedo entrar ahí —susurré, poniéndome colorada.

—Tienes que hacerlo —y me empujaron dentro.

Yo me puse a cuatro patas para pasar desapercibida y asomé la cabeza muy despacio. Deseaba con todas mis fuerzas que ningún niño estuviera haciendo pipí.



Pero no. No había nadie haciendo pipí.

Allí dentro estaba Hugo. Y estaba... ¡haciendo magia!

Mi corazón latió muy deprisa. No podía ser. El chico tenía una esfera azulada y brillante

delante de la cara que... ¡flotaba en el aire! Nadie la sujetaba. Y no estaba colgada de ningún sitio. Hugo parecía estar hablando con ella, pero no podía entender lo que hablaba.

Definitivamente, aquel no era mi día con los idiomas.

—Akira muhaka denre shi tahfer —dijo.

La esfera brilló con más intensidad y... ¡le contestó! Una voz metálica salió de dentro y habló con Hugo.



Él asentía con la cabeza y yo alucinaba. Creo que debí hacer algún ruido con mi respiración, porque de repente giró la cabeza y tuve que esconderme.

Me dolía el pecho de lo fuerte que me latía el corazón. Me asomé de nuevo, muuuuy despacio, y vi que la esfera había dejado de brillar. Hugo la estaba guardando en su mochila.

Caminé hacia atrás, aún a cuatro patas. Una vez fuera del baño, agarré a las gemelas y me las llevé corriendo de allí.

—¿Le has visto? —preguntó Venus.

—¡Era magia! —repitió Sol.

—Sí —contesté, jadeando—. Era magia.

—Es una buena noticia, ¿no? —quiso saber Venus.

Se iluminó la bombilla de mi cabeza. ¡Por supuesto que sí!

—Buena no, buenísima —le dije.

—Entonces, ¿nos dejarás pegar purpurina



en tu revista? —preguntó Sol, con su carita iluminada.

Sin duda, las gemelas eran un poco plastas. Pero se lo había prometido.

—Sí, os dejaré. Purpurina y lo que queráis.

Me sentía generosa. Después de todo, habían encontrado una noticia bomba.